

los hebreos por espacio de cuarenta años en el desierto? ¿Qué significa el pan y el vaso de agua del profeta Elías con los cuales este siervo de Dios tuvo lo suficiente para peregrinar durante muchos días hasta llegar al monte Horeb? ¿Qué significa la harina y el aceite de la viuda de Sarepta, con los cuales esta pobre mujer remedió las necesidades domésticas y todavía le sobró lo suficiente para otras muchas? ¿Qué significa el pez que cogió Tobías en el mar con el cual satisfizo su hambre y curó la ceguera de su padre? ¿Qué significa el número de tantos religiosos de ambos sexos que sin bienes ningunos viven contentos hasta llegar á una senectud envidiable? ¿Qué significan, últimamente, tantas maravillas realizadas á favor de los justos de todos los tiempos, de las cuales se ha hecho Dios solidario, sino que nuestro buen Señor es pródigo para con los hombres y con especialidad para con sus amigos?

De ahí la confianza ilimitada que pusieron en Jesucristo los justos de todas las edades, y su confianza jamás salió fallida. Con un modesto vivir eran más ricos que los que se desvelan por acapararlo todo, puesto que contaban con las riquezas inmensas del que todo lo puede. Sus alcancías y sus trojes estaban en el cielo, donde la polilla y el orín entrar no pueden, y en sus penurias, si es que alguna vez las sufrían, acudían á la Mesa del Altísimo y eran socorridos.

8. Hay un punto en la doctrina católica sobre la divina Providencia que, aunque por vía de digresión, es preciso tocarlo antes de pasar á estudiar de lleno la amorosa providencia que sobre las almas ejerce el Hombre Dios Sacramentado. Estamos en unos tiempos de fría metalización, de grosero positivismo, en los cuales no se quiere ver más que con los ojos del cuerpo. Cuando acontecen dos hechos que coinciden entre sí, pero que de ningún modo estaban previstos, se suele decir: ¡Hombre, qué casualidad! y un filósofo católico que se hallara presente, debiera entonces responder: ¡Hombre, qué necedad! porque ciertamente es necedad inconcebible dar existencia á cosas que no son,

con detrimento de las que son. En efecto, la casualidad no existe realmente. Debemos, empero, distinguir la casualidad respecto de Dios, de la casualidad respecto del hombre: la primera no existe absolutamente; la segunda puede darse por la ignorancia del hombre sobre los futuros contingentes, los cuales, cuando coinciden, pueden ser casuales relativamente al hombre; pero que en manera alguna lo son en el orden real, ya que son lo que son y no otra cosa, y se envían para el fin que se envían y no para otro; y como la coincidencia de dos efectos son previstos y queridos por el Autor Supremo y los ha dispuesto para determinado fin, por esta razón no son fortuitos ó casuales, sino queridos por Dios.

De donde resulta que todo cuanto sucede al hombre, ora tenga razón de bien, ó de mal, á excepción del pecado, sucede porque Dios lo quiere y no de otro modo. El Texto sagrado no puede ser más evidente: «Ved que yo soy solo, dice el Señor, y no hay otro Dios sino yo; yo quitaré la vida y yo haré vivir, heriré y yo curaré, y no hay quien pueda librar de mi mano (1).» ¿Habría algún mal en la ciudad, añade por Amós, que el Señor no haya hecho (2)? ¡Quién sabe, dice el profeta Jonás, dirigiéndose á los ninivitas, si se volverá Dios y nos perdonará y se aplacará del furor de su ira y no pereceremos! Y vió el Señor las obras de ellos, prosigue este mismo profeta, cómo se apartaron de su mal camino y tuvo Dios misericordia acerca del mal que había hablado que les haría y no lo realizó (3). Palabras que no pueden ser más explícitas, y que nos llevan al más completo convencimiento de que el Eterno, á más de velar sobre los hombres, les envía los bienes como los males de pena, vivifica y mortifica, levanta y destruye, planta y arranca (4) según su voluntad divina. Y no es que el Señor se complazca en nuestros males; los envía para castigo de los individuos y de las sociedades unas veces, como los envía otras

(1) Deut. cap. XXXII, 39.

(2) Amós. III, v. 6.

(3) Jonás, III, 9 y 10.

(4) 1 Reg. II, 6.



para escarmiento, y siempre para el bien ulterior de los mismos.

Y qué, ¿podremos quejarnos acaso de esta misteriosa pero justa conducta? Oigamos al Apóstol que dice: «¿Quién resiste á la voluntad de Dios? ¡oh hombre! ¿quién eres tú para altercar con Dios? ¿Por ventura dirá el vaso de barro al que lo labró, por qué me hiciste así? Ó no tiene potestad el alfarero de hacer de una misma masa un vaso para honor y otro para ignominia? Él tiene misericordia de quien quiere y al que quiere endurece (1)». «Mas entender debéis que no endurece Dios dando la malicia sino dejando de conceder la misericordia (2). Y en esto como en todas sus obras resplandece la santidad y la justicia divina, porque siendo (3) toda la masa del género humano lodosa y corrompida, por esto, si Dios hace á unos para vasos de honor, misericordia es y por consiguiente justicia; y si hace á otros para vasos de ignominia, suma justicia es, porque la culpa no está en Dios sino en la naturaleza corrompida.» Así el Águila de Hipona.

Es indudable que cuanto sucede en el mundo es por la voluntad de Dios (4). Su providencia es universal; se extiende hasta las cosas más insignificantes, y su presencia infinita prueba esta verdad. Dios, por medio de su ciencia de visión, según quieren los teólogos, conoce las cosas pasadas presentes y futuras. En Él, lo mismo es ver que querer; es un acto simplicísimo; por esta razón cuando conoce una cosa la quiere ó inmediatamente por sí mismo ó mediante las criaturas, esto es: por las causas segundas. Nadie asegurará que Dios ignora los bienes y los males; luego los quiere en tanto los conoce, y estos últimos los quiere no directamente, ó por sí mismos, sino indirectamente ya que Dios únicamente quiere por sí mismo aquello que tiene razón de bien.

Su voluntad, esa voluntad absoluta que es eficaz y que

(1) Rom. IX.

(2) Epist. 105.

(3) Serm. 22 de verbis apost.

(4) S. Ligorio Prepar. para la muerte. Consideración. 36.

no depende de condición alguna, esa voluntad al propio tiempo consiguiente por la cual quiere simple y absolutamente, consideradas todas las circunstancias particulares, siempre se cumple y jamás se la puede resistir. Pues bien; según esta voluntad Dios ama la conservación del mundo, al menos hasta que no revoque sus altos juicios; luego ama también los males de naturaleza y pena, efectos de aquélla y necesarios al hombre degenerado.

Su concurrencia divina con las criaturas, esa concurrencia física, inmediata y simultánea á los actos de los vivientes, según la cual, Dios con su virtud omnipotente é infinita obra en nuestras acciones, palabras y pensamientos, porque en Él vivimos, nos movemos y somos, (1) prueba una vez más que nada sucede en este mundo, á excepción del acto moral pecaminoso, que no sea de la voluntad de Dios.

## §. II.

9. ¡Cuán bella, pues, se ostenta, en general, la Providencia divina en la conservación del universo! Su acertado y placentero gobierno se extiende, no sólo á los racionales é irracionales, si que también á los vegetales y minerales. Por todos vela, á todos da, en todos obra con suavidad, con orden y con misericordia. Pero menester es no olvidar que el Altísimo, así como crió el universo para las necesidades físicas del hombre, crió también el hombre físico para el hombre moral ya que al hombre moral lo reservaba para sí. Por esta razón su providencia magnífica no termina únicamente en el mundo físico; la providencia ejercida en el mundo físico es, podemos decir, un ensayo de la providencia que debe ejercer en el mundo moral, en el mundo del humano espíritu. Aquí debía ostentarse bella, sublime, infinita, con una belleza mágica, con una sublimidad heroica, con una infinidad pasmosa. Aquel maná que, según declaré antes, había sustentado en el desierto durante cuarenta años á los israelitas, era la figura apropiada de la

(1) Act. XVII, 28.



providencia que el Señor tendría sobre el pueblo cristiano, no sólo por espacio de cuarenta años, sino durante muchos siglos. Y el maná era un hermoso emblema de la Sagrada Eucaristía, la cual es ciertamente esa providencia sublime del hombre moral. Manjar celestial del espíritu, que Dios nos ha deparado para que, comiéndolo, lleguemos á semejanos y hasta indentificarnos con Él.

¡Ah! si providencia divina es la atención y voluntad del Altísimo por conservar el orden físico y moral que Él mismo estableciera, ¿qué viene á ser la Santa Eucaristía sino esa finísima atención y esa adorable voluntad por conservar sano el corazón humano, por conservar limpio el humano espíritu á fin de que Dios pueda hacer de él sagrario precioso, mucho más precioso que el sagrario de los templos? Si providencia divina es la diligencia exquisita que el Criador tiene de todos los seres, ¿qué viene á ser la Santa Eucaristía sino ese solícito cuidado que Dios tiene del cristiano, para que con Ella y por Ella pueda llegar salvo al monte Sión? Y el Omnipotente conserva las criaturas enviándolas el manjar necesario; éstas esperan confiadamente en el Señor (1). Pues asimismo nosotros esperamos confiadamente en Dios que nos dará la comida del espíritu, y esta comida, ¿cuál es sino aquélla de la que dice el mismo Jesucristo: «Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida (2)»? pero comida y bebida para la vida del mundo, para la vida de los hombres; mas no para una vida temporal, sino para una vida eterna, porque el que come la carne y bebe la sangre de Jesucristo vivirá eternamente (3), siendo resucitado por el mismo Señor en el último día (3) para otorgarle la vida de la gloria.

10. Como la bella cualidad de la providencia divina consiste en la conservación oportuna de los seres, de ahí que la característica de la Santa Eucaristía consista también en el gobierno oportuno de las almas. «Abres, Señor, tu

(1) Ps. CXLIV, 15.

(2) Joan. VI, 56

(3) Joan., VI.

mano, exclama el vate coronado, y llenas de bendición á todos los vivientes, y todos aguardan de ti que les des la comida á su tiempo». Así podría exclamar otro tanto el pueblo cristiano, porque si esperamos y confiamos en la Comida eucarística, es precisamente porque, concedida con oportunidad, nos da el resultado apetecido.

¿Quién más necesitado que el hambriento que con mirada extraviada busca por todas partes un bocado reparador? Pues el cristiano lleva siempre su corazón hambriento de verdad, de luz y de vida, y la Comida de los Fuertes es la llamada en esos momentos á refocilar satisfactoriamente el corazón humano. ¿Quién más indigente que el sediento que, presuroso y en alas de sus voraces ansias, busca una fuente donde saciar su abrasadora sed? Pues el cristiano inquiere la felicidad, tiene sed de ella; y la felicidad se escapa de sus manos si no la bebe en ese manantial eucarístico de vida eterna. ¿Quién más pobre que el desnudo que se avergüenza de comparecer ante la sociedad? Pues el cristiano es ese ser desnudo de virtud individual y social si no se cubre con la fortaleza de la Eucaristía, que le defiende de las inclemencias del espíritu. ¿Quién más falto de descanso que el viajero fatigado que no llegó todavía al término de su peregrinación? Pues el cristiano es ese triste viajero que camina hacia la eternidad, y en su trayecto sólo Jesucristo Sacramentado es su descanso reparador si á Él acude en su penoso cansancio. ¿Qué género de providencia no ejercerá el Sacramento adorable cerca del cristiano? Para todas las humanas indigencias está el Sagrario abierto. Jesucristo oye por detrás de los velos eucarísticos y despacha las peticiones con oportunidad. No hay horas, ni días para el cristiano cuando se trata de ver á Jesucristo, cuando se trata de que Jesucristo sea su hermosa providencia, pues Él se nos da en el mejor tiempo si el cristiano sabe ó quiere buscarle.

Quien descansa sobre las suaves almohadas del Tabernáculo juntamente con Jesús, no siente amargura; para él todo es contento, al menos sabe sufrir con resignación las adversidades. Debemos por consiguiente esperar y confiar en Je-




460 TRAT. V.—DISC. XIX. EXCELENCIAS Y OFICIOS  
sucrismo Sacramentado, con objeto de merecer los efectos de  
su bella y bendita Providencia.

#### EJEMPLO

Estando encargado S. Alfonso María de Ligorio de la dirección de su Comunidad, sucedió que, ya fuese por descuido del administrador del Convento, ya debido á la extremada pobreza que profesaban los religiosos, cierto día se vieron éstos en grave apuro, porque era llegada la mañana y sólo quedaban en la despensa dos panes. El citado siervo de Dios vió venir hacia sí al administrador, quien le contó con suma tristeza lo que pasaba. Sin inmutarse en manera alguna, le dijo que tuviese gran confianza en Dios el cual proporcionaría el alimento. Para el efecto le trajo á la consideración las amorosas palabras del Salvador, á saber: que si Dios no niega el sustento á los pajarillos mucho menos lo negaría á sus siervos. El despensero, no obstante, viendo que S. Alfonso no tomaba diligencia alguna por conseguir las viandas necesarias, se presentó de nuevo y añadió que no se encargaría más de administrar el pan á los religiosos por no verse en tanto desconsuelo. Entonces el varón de Dios con mucha tranquilidad de espíritu y más confianza en Jesucristo Sacramentado bajó á la sacristía, vistióse un roquete, salió con dirección al altar del sagrario, y arrodillado ante el Santísimo Sacramento, poseído de viva fe y con humildad profundísima, dijo al Señor: «Jesús de mi corazón; no tenemos pan». Prosiguió todavía murmurando algunas plegarias devotísimas, y cuando creyó que había obligado á Jesús á que le socorriera se retiró á su celda. Inmediatamente llamaron á la puerta, y corriendo el oficial para ver quién era encontró á una devota persona que de parte de cierta hacendada señora traía para las necesidades del Convento una suma respetable de dinero, con la cual, no solamente hubo para socorrer aquella indigencia, sino también para otras muchas. El milagro era completo. Jesucristo Sacramentado había proveído á S. Alfonso y á sus hermanos.—*In ejus vita.*

FIN DEL TOMO VI

A. M. D. G.

 **En atención al crecido número de fotograbados, á la inserción de varios decretos recientes, y á la publicación de algunos documentos importantes, adquiridos después de publicado el Plan de esta Obra, ha habido necesidad de aumentar un tomo, igual en volumen y precio á los anteriores, sobre los seis de que prometimos debería constar la ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA.**

## ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

### PARTE IV

Oratorio-ascético-mística de la Eucaristía

#### TRATADO V

BELLEZAS DE LA DIVINA EUCARISTÍA

Páginas.

Introducción . . . . . 5

#### SECCIÓN I

LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO LA OBRA DIVINA  
POR ANTONOMASIA

#### DISCURSOS DE ACTUALIDAD

##### DISCURSO I

*La fe de la adorable Eucaristía es una fe eminentemente racional.*—1. Todas las obras creadas confiesan admirablemente los divinos misterios.—2. Sólo el hombre, ¿ha de reusar confesarlos? Voces de la incredulidad . . . . . 7  
3. ¿Qué es misterio? En todas partes hay misterios.—4. Misterios en las ciencias humanas.—5. Misterios en el orden sobrenatural.—6. Como los misterios humanos, los divinos son posibles.—7. Porque son en alguna manera visibles.—8. El acto de creer es más conforme con la naturaleza humana que el acto de comprender.—9. Demuéstrase con ejemplos tomados de la ciencia y del arte.—10. Si es razonable creer sin comprender los misterios de la naturaleza, también lo será creer en los de la gracia, aunque no se comprendan.—11. El Misterio de la Eucaristía, al igual que los demás del Catolicismo, no está ex-